


Prólogo

Los padres de Martina y Julieta discutían mucho. Si antes lo hacían en privado, con la puerta de su habitación cerrada, ahora se peleaban en cualquier parte, a cualquiera hora. Las chicas estaban hartas de escucharlos; cada una, a su manera, buscaba refugio cuando veían que había problemas. Martina se ponía los auriculares y bloqueaba los oídos con música del celular; su hermanita, con seis años y sin posibilidad de hacer lo mismo, empezaba a dibujar unos personajes a los que llamaba «monstruos come ruidos», porque devoraban los sonidos feos que a ella no le gustaban. Pero un día los ruidos fueron tan horribles que no hubo dibujo ni música que los pararan.

—Chicas, nos vamos una semana a visitar a los abuelos —les dijo el padre, después de la últi-





ma discusión. Martina y Julieta se alegraron: los abuelos vivían en Colonia Tareni, un pueblito al lado de un río de aguas transparentes en el que les encantaba nadar y divertirse. Pero después supieron que la madre no viajaría.

—No puedo faltar a la oficina —les explicó—. Y unos días sin discusiones nos van a venir bien a todos.

Las chicas armaron las valijas y subieron al auto sin saber si estas vacaciones eran realmente lo que sus padres les decían. La tristeza que veían en sus ojos reflejaba otra cosa, y nunca antes una pelea entre ellos había terminado así. Pero prefirieron no preocuparse, y eligieron pensar en lo bien que la iban a pasar en lo de los abuelos.

Nadie podía imaginar las consecuencias que tendría el viaje que estaban por emprender.

Capítulo 1

Eran las doce del mediodía y el termómetro marcaba treinta y ocho grados; el pavimento parecía el hierro caliente de una parrilla. Pablo, el papá de Martina y Julieta, no había elegido el mejor día para viajar: el aire acondicionado del auto no funcionaba, y la ruta angosta estaba llena de camiones en las dos manos. Como si fuera poco, luego de recorrer unos doscientos kilómetros pincharon la goma delantera derecha y tuvieron que estacionar en la banquina.

—¡Qué mala suerte, por Dios! —gritaba Pablo mientras le daba patadas a la rueda.

—¡Pará, papá! —le dijo Martina, asomada por la ventanilla—. Te vas a lastimar.

Y se lastimó, nomás. Se dobló el dedo gordo y estuvo un rato tirado en el pasto con la cara

roja de dolor. También de vergüenza, por el modo violento en que había reaccionado delante de sus hijas, que lo miraban sin entender.

Le llevó más de media hora cambiar la goma. Y justo cuando empezaba a calmarse sonó su celular:

—Es mamá, atendela vos porque yo estoy nervioso —dijo, y le dio el teléfono a Martina.

—Hola, ma... Sí, todo bien...

Pablo le indicó con señas que no dijera nada del pinchazo.

—Acá está, dibujando, como siempre —explicó Martina y miró a su hermana, que había terminado otro de sus dibujos.

—Sí, ma, cuando llegamos te llamo... Yo también te quiero... Beso.

—¿Qué quería? —preguntó Pablo.

—Nada, saber por dónde andábamos.

—¿Preguntó por mí?

—No.

—¿Qué estaba haciendo?

—Qué sé yo, papá. ¿Por qué no le preguntás vos? —contestó Martina.

—¡Epaaa! Lo único que falta ahora es que me insultes...

Continuaron viaje sin decir palabra. Pablo sabía que había reaccionado mal; la idea de visitar a los abuelos era alejar a las nenas de la tensión que había en la casa, pero ahora no podía evitar trasladarles sus nervios. Así no iba a funcionar. Por eso, cien kilómetros más adelante lo pensó mejor y decidió mostrarse simpático y relajado. Claro que no le salía fácil, ya no recordaba la última vez que había reído con ganas. Pero se esforzó y les propuso a sus hijas algunos juegos para pasar el rato. Un error que le costaría muy caro.